

sobre los techos de las casas á modo de enormes peñachos dispuestos á esparcirse, reunirse y cubrir la ciudad entera... Y más abajo aun, el valle profundo del Darro, no solamente cubierto, sino henchido, colmado de un prodigioso monton de verdura, alto como montaña, y de donde arranca un bosque de álamos gigantescos que agitan sus copas bajo las ventanas de la torre, pudiéndose casi tocar con la mano. A la derecha, más allá del Darro, sobre un cerro que se eleva al cielo, valiente y esbelto como cúpula, el palacio del Generalife, coronado de jardines aéreos, y casi oculto en un bosquecillo de laureles, álamos y granados. Al lado opuesto otro espectáculo maravilloso, una cosa increíble, la vision de un sueño: Sierra Nevada, la más alta cordillera de Europa, despues de los Alpes, blanca de nieve, á algunas millas de distancia de Granada, y hasta cerca de las colinas donde crecen el granado y la palmera, y donde se despliega con toda su pompa una vegetacion casi tropical. Imaginad despues, sobre este inmenso paraiso, que encierra las cariñosas y alegres gracias de Oriente y las severas bellezas del Norte, que une á Europa con África, llevando en tributo á este himenco las más sublimes maravillas de la naturaleza, y que envía al suelo todos los perfumes de la tierra confundidos en uno solo; imaginad, digo, sobre este valle afortunado, el cielo y el sol de Andalucía, el sol que, al ponerse, pinta de divino color de rosa todas las cimas y de los colores del iris y de los reflejos de las perlas más limpias los flancos de las montañas de la sierra; que descomponc sus rayos en mil

tintas de oro y de púrpura sobre los peñascos que coronan la llanura, y que bajando en medio de un incendio, deja á guisa de recuerdo ó despedida una corona de luz alrededor de las torres melancólicas de la Alhambra y de las cumbres encantadoras de Generalife, y... dígase despues si puede existir en el mundo algo más solemne, más glorioso, más embriagador que esta amorosa fiesta del cielo y de la tierra, ante la cual, por espacio de nueve siglos, Granada se estremece de voluptuosidad y palpita de orgullo.

El techo del *Mirador de la Reina* está sostenido por pequeñas columnas morunas, entre las cuales se extienden arcos elípticos que dan al pabellon caprichoso aspecto lleno de gracia. Las paredes están pintadas al fresco y á lo largo de los frisos se ven las iniciales de Isabel y Fernando entrelazadas, con amorcillos y flores. Junto á la puerta de entrada queda todavía una piedra del antiguo pavimento, llena de agujeros, sobre la cual dicen se ponian las sultanas para envolverse en la nube de perfumes que brotaba de abajo. Todo en este lugar canta amor y dicha. Se respira un aire puro como en la cresta de una montaña, se percibe un vago olor de mirto y rosa y no llega otro rumor que el murmullo del Darro, quebrándose en las guijas de su pedregoso lecho, y la armonía de millares de pájaros escondidos en las espesuras del valle: es un verdadero nido de amor, un apacible retiro donde poder soñar, un escondrijo aéreo para dar desde allí infinitas gracias á Dios por sus bondades.

—¡Ah, Góngora!—exclamé, despues de haber con-

templado algunos instantes aquel espectáculo encantador,—daría diez años de mi vida por poder transportar aquí, por virtud de una varita mágica, á todas las personas queridas que me esperan en Italia.

Góngora me mostró un largo pedazo de la pared, completamente ennegrecido por las inscripciones de fechas y nombres puestos allí con lápiz y carbon; otras hay grabadas con la punta de un cortaplumas. Son recuerdos de los visitantes de la Alhambra.

—¿Qué dice aquí?—me preguntó.

Acerqueme y lancé un grito.

—¡Chateaubriand!

—¿Y aquí?

—¡Byron!

—¿Y aquí?

—¡Victor Hugo!

Al descender del *Mirador de la Reina* creí haber visto ya toda la Alhambra y cometí la imprudencia de decírselo así á mi amigo. Si éste hubiera tenido un baston en la mano, seguro estoy que me hubiera descarga lo un palo; pero como no lo tenía, se contentó con mirarme cual se suele mirar á un demente. Tornamos al patio de los Mirtos y visitamos las salas situadas al otro lado de la torre de Comares, la mayor parte medio arruinadas, otras transformadas, algunas completamente desnudas, sin pavimento y sin techo, pero todas dignas de ser visitadas, por los recuerdos que encierran y para comprender al propio tiempo la estructura del edificio. La antigua mezquita fué transformada en capilla por Carlos V, un gran salon árabe en oratorio, y por todas partes se

notan vestigios de arabescos y techos de cedro esculpido. Las galerías, los patios, los vestíbulos, parecen restos de un palacio devastado por las llamas. Esta vez pensé que realmente ya no me quedaba nada más por ver, y de nuevo cometí la imprudencia de decírselo á Góngora. Entonces sí que no pudo contenerse, y llevándome al vestíbulo del patio de los Mirtos, ante un plano del edificio, fijado en la pared, me dijo:

—Mire Vd. y verá que todas las salas, todos los patios, todas las torres que hemos visitado hasta ahora, solo ocupan la vigésima parte del espacio que limitaban los muros de la Alhambra. Verá Vd. que no hemos visitado todavía los restos de otras tres mezquitas, las ruinas de la sala de los Cadís, la torre del Agua, la de los Infantes, la de la Prisionera, la del Candil, la de los Picos, la de los Puñales, la de los Sietos Suelos, la del Capitan, la de la *Hechicera*, la de las *Cabezas*, la de las *Armas*, la de los *Hidalgos*, la de las *Gallinas*, la del *Dado*, la del *Homenaje*, la de la *Vela*, la del *Polvo*, los restos de la casa de *Mondejar*, los cuarteles militares de Puerta de Hierro, los muros interiores, las cisternas, los pascos... Porque es necesario saber que la Alhambra no es un palacio, sino una ciudad, y que sería cosa de pasar allí la vida buscando arabescos, leyendo inscripciones, descubriendo cada día nuevas perspectivas de montañas y colinas y extasiarse una vez á lo ménos cada hora de las veinticuatro que tiene el día...

¡Y yo, infeliz, que creía haber visto la Alhambra!... Pero por aquel día me contenté con lo visto, y

sólo Dios sabe cómo tenía la cabeza cuando llegué á la fonda. A la mañana siguiente, al levantarse el sol, allí volví otra vez; y por la tarde también, y estuve volviendo cuantos días permanecí en Granada, con Góngora, con otros amigos, con gufas, ó bien solo. Recorrí de nuevo patios y salas; pasé horas y horas sentado entre las columnas ó apoyado en las ventanas, con un placer cada día más inmenso, descubriendo á cada momento nuevas bellezas.

Había errado la mente el primer día. No sabría decir por dónde me hicieron pasar mis amigos para entrar en la Alhambra: pero recuerdo que aquel día, al andar, veía tapias y torres y caminos desiertos que no había visto jamás, y me parecía que la Alhambra había mudado de sitio ó se había transformado y le habían puesto alrededor, como por encanto, nuevos edificios que alterasen el primitivo aspecto.

¡Quién podría describir la belleza de aquel lugar cuando el sol se oculta; aquel bosque fantástico cuando lo aclaraba la luz de la luna; la inmensa llanura y las montañas cubiertas de nieve, en las noches serenas; los grandiosos contornos de aquellos muros enormes, de aquellas torres soberbias, de aquellos árboles desmesurados, sobre el cielo sembrado de estrellas; el rumor prolongado de aquellos montones inmensos de verdura que llenan el valle y cubren los flancos de las colinas, cuando soplabla la brisa! Era un espectáculo, ante el cual, mis compañeros, nacidos en Granada y acostumbrados á verlo desde la infancia, quedaban sin palabra, así es que hacíamos largos trechos de camino en silencio, cada uno entregado á

sus pensamientos, con el corazón oprimido por una tristeza dulcísima que á la vez nos hacía humedecer los ojos y levantar la cara al cielo con un ímpetu de gratitud y de ternura. El día de mi llegada á Granada, cuando entré en la fonda, á las 12 de la noche, en lugar del silencio y la tranquilidad, encontré el patio iluminado como una sala de baile; gente en las mesas que ocupaban el patio gente en las galerías que iba y venía charlando y riendo; tuve que esperar una hora antes de irme á dormir. Pero pasé aquella hora muy agradablemente. Mientras miraba un mapa de España, colgado de la pared, un hombre de mala facha, con la cara color de remolacha y una panza que le caía sobre las rodillas se me acercó, y tocándose el gorro, me preguntó si era italiano: respondí que que sí, y él replicó sonriendo:

—Y yo también; yo soy el amo de la fonda.

—Me alegro, tanto más, pues veo que Vd. se hace de oro.

—¡Buen Dios...—me respondió con un tono que quería hacer melancólico:—sí, no me quejo; pero... creedme, mi querido señor, aunque los negocios vayan bien, cuando se está lejos del propio país, aquí (y se puso la mano sobre el enorme torax), aquí se siente siempre un vacío!

Le miré la panza.

—Un gran vacío—repitió el fondista,—la patria no se olvida nunca... ¿De qué provincia es usted, señor?

—De Liguria. ¿Y Vd.?

—Del Piamonte. ¡Liguria! ¡Piamonte! ¡Lombardia! ¡Aquellos son países!

—Son buenos países, no hay duda; pero Vd., al fin y al cabo, no puede quejarse de España. Está en una de las más bellas ciudades del mundo, es dueño de una de las mejores fondas de la ciudad, tiene una multitud de forasteros todo el año, y además veo que goza de una salud envidiable.

—¡Pero el vacío!

Le miré de nuevo la panza.

—¡Ah! comprendo, señor mío: pero Vd. se engaña si se me juzga por la apariencia. Usted no puede imaginarse lo que experimento cuando llega aquí un italiano. ¿Qué quiere Vd.? Será una debilidad, no sé... pero yo querría verlo todo el día en la mesa, y crea Vd. que si mi mujer no me llevase siempre la contraria, yo sería capaz de mandarle por mi cuenta una docena de platos de entremeses... como nada.

—¿A qué hora se come mañana?

—A las cinco. Además... aquí se come poco... países cálidos... todo el mundo vive con sobriedad...

¿Pero no ha visto el otro italiano que está aquí?

Diciendo así miro al rededor, y la persona que nos estaba observando desde un ángulo del patio, se nos acercó. Era un hombre sobre los cuarenta años, mezquinamente vestido, que hablaba con los dientes cerrados y restregándose las manos con un movimiento convulsivo, como si hiciese un esfuerzo para entretenerse con el chasquido de los huesos de los dedos. Me dijo que era lombardo, corista, llegado el día anterior á Granada con otros cantantes escriturados

en el Teatro de la Opera para la temporada de verano.

—¡Sucio país!—exclamó sin otro preámbulo, mirando al rededor como si quisiera pronunciar un discurso.

—¿No está contento en España?—le pregunté.

—¿En España? ¿Yo? Perdon; es como si me preguntase:—¿Está Vd. contento en la galera?

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué?... Pues no ve Vd. qué gente son los españoles: ignorantes, supersticiosos, orgullosos, sanguinarios, impostores, holgazanes, charlatanes, infames.

Y permaneció un minuto inmóvil en actitud interrogadora, con las venas del cuello hinchadas, como si le quisieran saltar.

—Dispense Vd.—respondí—su juicio no me parece bastante favorable, para poder decir que pienso como Vd. En cuanto á ignorancia, dispense tambien, no nos toca á nosotros los italianos, á nosotros que tenemos aún ciudad en que se reciben á pedradas los maestros de escuela y se da de puñaladas á los profesores que no aprueban á los discípulos; no nos toca á nosotros, por ahora, censurar á los demás. En cuanto á supersticiones, ¡ah, pobres de nosotros! Cuando vemos en la ciudad de Italia, en donde está más extendida la instruccion popular armarse un ir y venir indecible, por una imágen de la Virgen encontrada por cualquiera muger frívola y charlatana en medio de un camino... En cuanto á delitos, yo confieso francamente que si tuviese que confrontar los dos países con

los cuadros estadísticos en la mano, en presencia de un auditorio de españoles sin conocer ántes los datos y el resultado, tendría un miedo mildito... No quiero decir con esto que nosotros, no nos encontremos en mejores aguas que España; quiero decir que un italiano, juzgando los españoles, si quiere ser justo, es preciso que sea indulgente.

—No soy de su opinion, diséñse Vd.... ¡un país sin *direccion política!* ¡un país entregado á la *anarquía!* un país... Vámos, cíteme Vd. un grande hombre español de estos tiempos.

—No sé., hay pocos en nuestros días aquí y allí.

—¡Cíteme un Galileo!

—¡Oh, Galileos no ha habido más que uno!

—¡Cíteme Vd. un Rattazzi!

—¡Eh! no, no.

—Cíteme... pero ya... no tienen nada. Y despues, ¿le parece bello este país?

—¡Ah! Perdon, en este punto no cedo. Andalucía, para citarle una sola provincia, es un paraíso: Sevilla, Cádiz, Granada, son ciudades soberbias.

—¿Cómo?... Y á Vd. le gustan las casas de Sevilla y de Cádiz, que al pasar rozando las paredes un pobre diablo, se blanquea desde la cabeza á los piés? ¿Le gustan estas calles que despues de una buena comida, es trabajoso pasarlas? ¿Y encuentra hermosas las mugeres andaluzas con esos ojos de espiritadas? Vámos: Vd. es demasiado indulgente, no es un pueblo *sério*. Han llamado á D. Amadeo, y ahora ya no lo quieren; son indignos de

ser gobernados por un *hombre civilizado*. (Textual.)

—¿Pero no encuentra, pues, nada bueno en España?

—Nada.

—Pero, ¿por qué está aquí?

—Estoy aquí... porque aquí cómo.

—Eso es algo.

—¿Pero de qué modo cómo? ¡Como un perro! ¡Quién no sabe lo que es la cocina española!...

—Pero, diséñse Vd.: en lugar de comer como un perro en España, ¿por qué no se va á comer como un hombre en Italia?—Aquí el pobre artista se encontró un poco apurado; y yo, por librarle del apuro, le ofrecí un cigarro que aceptó y encendió sin decir una palabra. Y no fué el solo italiano en España que me hablase en estos términos del país y de sus habitantes, negando tenazmente la serenidad del cielo y la gracia de las andaluzas. Yo no sé qué gusto se tenga en viajar de esta manera, con el corazón cerrado á todo sentimiento benévolo y continuamente inclinado á censurar y á vituperar, como si cada cosa buena y bella que se encuentra en un país extranjero, hubiera sido robada al nuestro, y nosotros no nos pudiéramos alabar de valer algo, sino con la condicion de que todos los demás no valgan nada. La gente que viaja en tales condiciones de ánimo, me inspiran más que cólera, piedad, porque se privan voluntariamente de muchos placeres y de muchos consuelos. Así me parece, al ménos, al juzgar los otros por mí, porque donde quiera que yo vaya, el primer sentimiento que

me inspiran las gentes y las cosas es un sentimiento de simpatía: un deseo de no encontrar nada que me obligue á censurar; una necesidad de embellecer á mis propios ojos las cosas bellas, de ocultarme las desagradables, de disculpar los defectos, de poder decir sinceramente á mi mismo y á los demás, que estoy contento de todo y de todos. Y para conseguir este resultado no tengo que hacer ningun esfuerzo; cada cosa se me representa casi espontáneamente bajo su aspecto más agradable, y mi imaginación tiñe benignamente los otros aspectos con un ligero color de rosa. Sé bien que de este modo no se estudia un país, no se escriben *Sábias críticas*, no se adquiere la fama de hombre profundo; pero sé que se viaja con el ánimo sereno y que los viajes hacen un bien indecible.

Al día siguiente fuí á ver el Generalife, que era como la quinta de recreo de los reyes moros, y cuyo nombre vá unido al de la Alhambra, como el de la Alhambra al de Granada, aunque ahora no quedan del Generalife antiguo sino pocos arcos y pocos arabescos. Es un pequeño palacio, sencillo, blanco, con escasas ventanas, con una galería de arcos, coronada de una terraza, y medio escondida en el centro de un bosque de laureles y mirtos sobre la cima de un monte floridísimo, que surge sobre la orilla derecha del Darro, frente á la colina de la Alhambra. Delante de la fachada del palacio, se extiende un jardinillo, y otros jardines se levantan unos sobre otros, casi en forma de vasta escalinata, hasta la cima del monte, donde surge la altísima azotea que cierra el

recinto del Generalife. Las alamedas de los jardines, las largas escaleras que conducen de uno á otro y los prados llenos de flores, están flanqueados de altas espalderas, coronadas de arcos y separados por grutas de mirtos y encorvados y entrelazados en graciosos dibujos; y á cada rellano de escalera, surgen casitas blancas, sombreadas de emparrados y grupos de naranjos y de cipreses, colocados con pintoresca simetría. El agua es allí abundante aún como en tiempo de los árabes, y da al lugar una gracia, una frescura y una vida imposible de describir. Por todas partes se oye murmullo de arroyuelos y de fuentes; se vuelve una alameda y se encuentra un surtidor; se asoma uno á una ventana y se ve un saltador que sube hasta el frontal; se entra en medio de un grupo de árboles y se recibe en la cara el rocío de una cascadilla; por todos lados hay agua que salta, ó que corre, ó que llueve murmurando y brillando entre la hierba y el césped. Desde lo alto de la azotea descende la vista sobre todos aquellos jardines que van ya en declive, á saltos, á escalones; profundiza en el abismo de vegetación que separa los dos montes; abraza todo el circuito de la Alhambra, con las cúpulas de sus templetos, con las torres lejanas, con los senderos que serpentean entre sus ruinas; se extiende sobre la ciudad de Granada, sobre la llanura, sobre las colinas; recorre con una sola mirada toda la cima de Sierra Nevada, que parece tan próxima que se podría llegar á ella en una hora. Y mientras contempláis este espectáculo os acaricia el oído el murmullo de cien saltadores, el débil sonido de las

campanas de la ciudad, que viene ondeando de vez en cuando, confundido con un perfume misterioso de paraíso terrestre que produce estremecimientos de voluptuosidad que hacen palidecer. Del otro lado del Generalife, sobre la cima de un monte más alto, ahora desnudo y escuálido, surgían en tiempo de los árabes, otros palacios reales y se extendían otros jardines unidos entre sí por grandes alamedas, flanqueadas de mirtos. Ahora toda aquella maravilla de arquitectura, coronada de bosques, de fuentes y de flores, aquella fachada de casa real aérea, aquellos nidos espléndidos y perfumados de amor y de delicias han desaparecido y apenas algún montón de escombros ó algún pequeño trozo de muro dan fé de ellos y los recuerdan al pasar."

Pero aquellas ruinas que despertarían en otra parte un sentimiento de melancolía, no producen este efecto ante el espectáculo de aquella bellísima llanura, á cuyo encanto no parece que hubiera podido añadir nada, la más maravillosa obra del hombre.

Al volver á la ciudad, me paré en un extremo de la Carrera del Darro, delante de una casa ricamente adornada de bajo-relieves que representaban escudos heráldicos, armaduras, querubines y leones, con un pequeño balcon en la esquina, sobre el cual, parte sobre un muro, parte sobre el otro, leí la siguiente misteriosa inscripción en grandes caracteres:

*"Esperando la del cielo."*

Deseando saber el sentido oculto de aquellas palabras, las anoté para interrogar al docto padre de mi amigo, el cual me dió dos explicaciones, la una casi

segura pero poco romántica; la otra romántica pero muy dudosa. Es esta. La casa pertenecía á D. Fernando de Zafra, secretario del Rey Católico que tenía una hermosísima hija. Un jóven hidalgo, de familia enemiga ó inferior en nobleza á la familia de Zafra se enamoró de la hija, fué amado, la pidió por esposa, no la obtuvo. La negativa del padre aumentó el fuego amoroso de los dos jóvenes, las ventanas de la casa eran bajas, el enamorado decidió escalarlas una noche y entrar en la habitacion de la muchacha. O derribó una silla al entrar, ó tosió, ó dió un pequeño grito de alegría al ver á su bella amante con la cabellera suelta y los brazos abiertos, la tradicion no lo dice, y nadie lo sabe; pero lo cierto es que D. Fernando de Zafra oyó ruido, corrió, vió, y ciego de furor se lanzó sobre el imprudente jóven para darle muerte. Pero el jóven consiguió huir. Don Fernando, siguiéndolo, derribó á uno de sus propios pajes, protector de aquellos amores, que había ayudado al hidalgo á entrar en la casa; lo puso en lugar del seductor en aquel momento, y sin oír explicaciones ni súplicas lo hizo coger y colgar en el balcon de la casa. La tradicion cuenta que entretanto la pobre víctima gritaba:—¡Piedad! ¡Piedad!—el ofendido padre le respondió señalándole la balaustrada:—¡Ahí estarás esperando la del cielo!—respuesta que él hizo despues esculpir sobre una piedra del muro, para perpétuo espanto de seductores y medianeros...—Dediqué el resto de la jornada á las iglesias y á los conventos.

La catedral de Granada merece, aun mejor que la de Málaga, que sin embargo es bella y magnífica, ser

descrita parte por parte; pero basta por ahora de descripciones de iglesias. Fué fundada en 1529 por los Reyes Católicos, sobre las ruinas de la principal mezquita de la ciudad; pero permaneció incompleta. Tiene una gran fachada con tres puertas, adornada de estatuas y de bajo-relieves; está formada por cinco naves divididas por veinte desmesuradas pilastras compuestas de un haz de sutiles columnas. Las capillas contiene cuadros de Bocanegra, esculturas de Torrigiani, tumbas y ornamentos preciosos. Es admirable, sobre todo, la capilla mayor, apoyada sobre veinte columnas corintias, divididas en dos órdenes, sobre la primera de las cuales se levantan las estatuas colosales de los doce apóstoles, y sobre la segunda una cornisa cubierta de guirnaldas y de cabezas de querubines. Por encima recorre el circuito graciosas ventanas con cristales de colores que representan la Pasion, y del adorno que la corona, se lanzan á lo alto diez arcos atrevidos que forman la bóveda de la capilla. En los arcos que sujetan las columnas, se admiran seis grandes pinturas de Alonso Cano, que tienen fama de ser su obra más completa y más bella. Y ya que he nombrado á Alonso Cano, nacido en Granada, uno de los más valientes pintores españoles del siglo xvii, que aunque discípulo de la escuela sevillana, mejor que fundador cómo quieren otros, de una escuela suya, no es ménos original que sus más grandes contemporáneos; quiero poner aquí algunos rasgos de su carácter y de su vida, poco conocidos fuera de España, pero singularmente notables. Alonso Cano fué el más camorrista, el más iracundo, el más violento de los pinto-

tores españoles. Pasó la vida litigando. Era eclesiástico. De 1652 á 1658, durante seis años consecutivos, in un día de interrupcion, litigó con los canónigos de sa catedral de Granada, de la cual era racionero, porque no quería, segun el convenio estipulado, ser subdiácono. Antes de salir de Granada, destrozó con sus manos una estatua de San Antonio de Pádua, que había hecho él mismo por encargo de un auditor de la Chancillería, porque éste se permitió decirle que el precio que pedía le parecía un poco caro. Nombrado maestro de dibujo del príncipe real, que segun parece no había nacido con dotes para el divino arte de Apeles, lo irritó de tal modo, que le obligó á recurrir al Rey para que lo quitara de sus manos. Vuelto por una gracia especial á Granada, cerca del cabildo de la catedral, conservó tan profundo el rencor de sus antiguas luchas con aquellos canónigos, que en su vida quiso dar una pincelada para ellos.

Pero esto es poco. Alimentaba un ciego, bestial, inextinguible ódio contra los judíos y se le había metido en la cabeza que tocar de cualquier manera á un judío ó á cualquier objeto tocado por él, le había de acarrear una desgracia. Con esta idea fija, hizo las más extrañas extravagancias del mundo. Si pasando por la calle tropezaba con un judío, se quitaba al momento el vestido infestado y se volvía á casa en mangas de camisa. Si por casualidad llegaba á descubrir que estando ausente, un criado había recibido un judío en casa, despedía al servidor, tiraba afuera el zapato con el cual había pisado las huellas del pícaro circunciso.